

DEON MEYER

ÍCARO

Traducción del inglés de
Javier Guerrero



Título original: *Icarus*

Ilustración de la cubierta: Deon Meyer (paisaje)
y Thomas Barwick / Getty Images (figura)

Copyright © Deon Meyer, 2015

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2017

Mapa © ML Design, Londres

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7^a 2^a - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99
www.salamandra.info

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-20-3
Depósito legal: B-10.289-2017

1^a edición, mayo de 2017
Printed in Spain

Impresión: Liberdúplex, S.L. Sant Llorenç d'Hortons

Les ennemis du vin sont ceux qui ne le connaissent pas.
(«Los enemigos del vino son los que no lo conocen.»)

Cita atribuida al profesor Dr. Sellier, *Journal de Médecine* (Vlok Delpont: Boland, Wynland, Nasionale Boekhandel, 1955) y al profesor Portman, probablemente profesor Michel Portmann, doctor en Medicina, de Burdeos (www.alpes-flaveurs.com).

«En un contexto clínico, algunos individuos con depresión muestran una elevada tendencia a la culpa del superviviente, es decir, culpa por haber sobrevivido a la muerte de un ser querido, o culpa por estar mejor que otros.»

Lynn E. O'Connor, Jack W. Berry, Joseph Weiss y Paul Gilbert: «*Guilt, fear, submission, and empathy in depression*», *Journal of Affective Disorders*, 71 (2002), pp. 19-27.



Océano Atlántico

Isla Robben

Melbosstrand

Cape Farms

Bahía de la Mesa

Bloubergstrand

Milnerton

Edgemead

Durbanville

Brackenfell

V&A Waterfront

Green Point

Goodwood

Bellville

Brackenfell Sur

Bellville Sur

Jardín de la Compañía

Bahía de Camps

Ciudad del Cabo

Central de los Halcones

Montaña de la Mesa

Athlone

Matroosfontein

Aeropuerto Internacional Ciudad del Cabo

Suburbios del Sur

Blue Downs



Wynberg

Bahía de Hout

Plumstead

Mitchell's Plain

Khayelitsha

Westlake

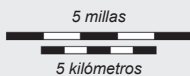
Lavender Hill

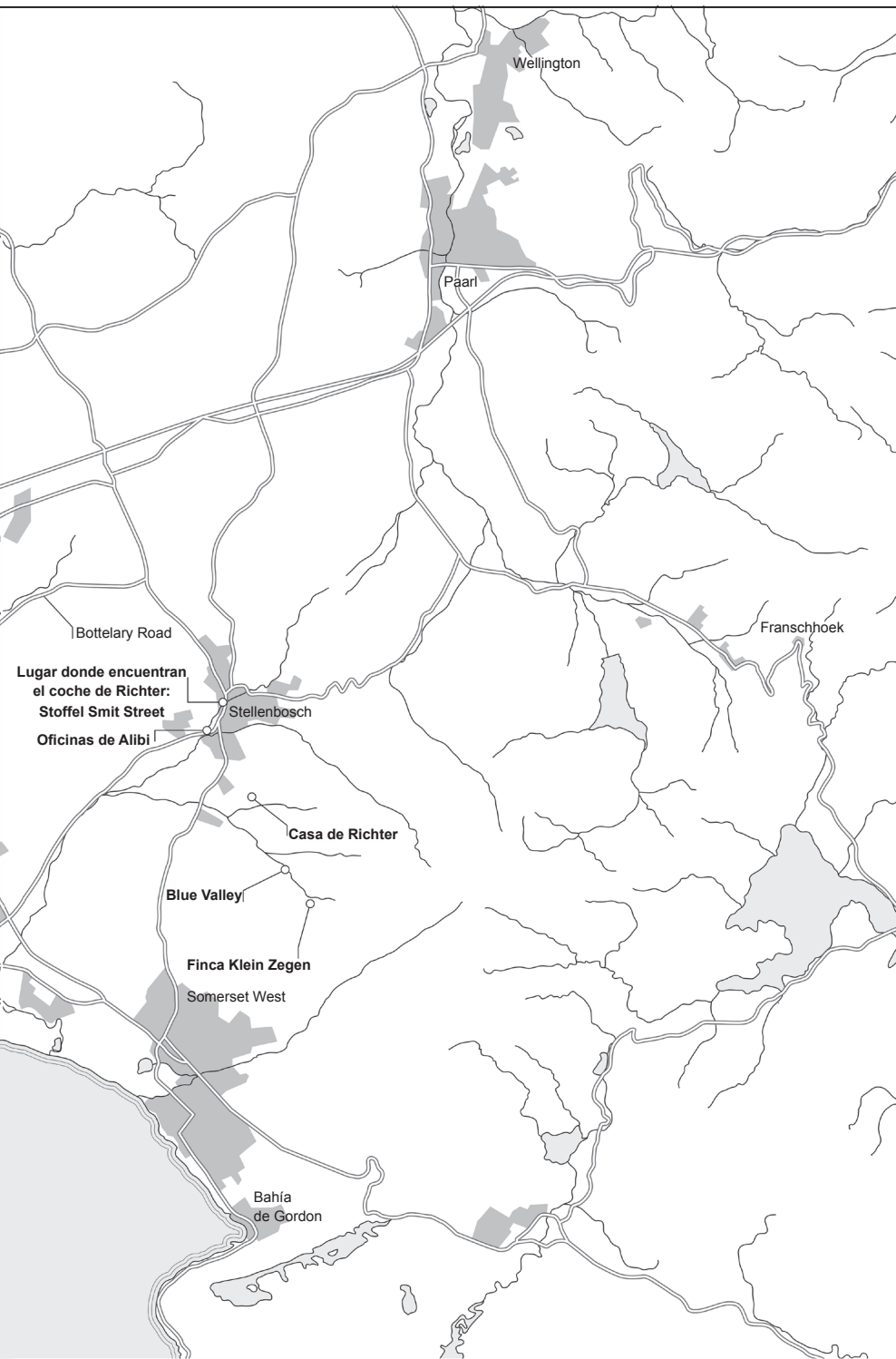
Bahía Falsa

Kommetjie

Fish Hoek

Simon's Town





Wellington

Paarl

Franschhoek

Bottelary Road

**Lugar donde encuentran
el coche de Richter:
Stoffel Smit Street**
Oficinas de Albi

Stellenbosch

Casa de Richter

Blue Valley

Finca Klein Zegen
Somerset West

Bahía
de Gordon

ÍCARO

Cielo y tierra conspiraron para sacar a la luz el cadáver de Ernst Richter; al parecer, el universo se empeñaba en echar una mano a la justicia.

Primero vino la tormenta del 17 de diciembre, que se desató poco después de las ocho de la mañana. Fue un temporal poco corriente pero no extraordinario, generado por una borrasca convectiva de presiones bajas: una monstruosa nube azul oscuro que llegó atronando desde el océano Atlántico, justo al norte de la isla Robben.

Las masas nubosas lanzaron unas lenguas bífidas blancas espectaculares sobre el mar y la tierra, arrastrando consigo una densa cortina de lluvia. En menos de media hora, una precipitación de 71 milímetros inundó Bloubergstrand y Parklands, así como Killarney Gardens y Zeezicht.

Hubo daños por las riadas y caos circulatorio. Los principales medios y las redes sociales hablaron sin cesar del gran causante: el calentamiento global.

Sin embargo, en relación con el cadáver que la tormenta dejó al descubierto, la contribución del planeta fue más modesta; se limitó a que el contorno del *veld* que se extiende más allá de Blouberg —donde el viento del sudeste había moldeado las dunas al azar, como un escultor ciego— canalizara el agua, y ésta se llevara la arena en

torno a los pies de Ernst Richter: uno estaba descalzo y con aspecto trágico, mientras que del otro colgaba, cómicamente, como a media asta, un calcetín negro.

El último eslabón en la cadena de casualidades fue el destino, que hizo que un cámara de veintinueve años llamado Craig Bannister se detuviera a las 11.17 h junto a Otto du Plessis Drive: la carretera costera entre Blouberg y Melkbosstrand. Bannister bajó de su vehículo y evaluó las condiciones meteorológicas. El viento había amainado y las nubes empezaban a abrirse. Quería probar su nuevo dron radiodirigido, el DJI Phantom 2 Vision Plus con cámara de vídeo de alta resolución estabilizada. El Phantom, llamado «cuadrirrotor», era un milagro tecnológico en miniatura. Estaba equipado con GPS y conexión wifi, lo que permitía a Bannister controlar la cámara con su iPhone y ver el vídeo en la pantalla del móvil sólo unos milisegundos después de que el Phantom lo grabara desde el cielo.

Justo pasadas las 11.31 h, Bannister vio una imagen extraña que le hizo torcer el gesto. Maniobró para que el Phantom volara más bajo y se aproximara. Lo mantuvo en el aire a sólo un metro de la anomalía hasta que estuvo seguro.

Arena, plástico negro y pies: estaba muy claro.

No dijo nada. Levantó la mirada del iPhone para determinar con precisión dónde se hallaba suspendido el Phantom y echó a andar hacia allí a paso ligero. Le parecía como si la imagen del vídeo fuera ficción, una escena de telefilme increíble. Siguió una ruta serpenteante, entre matorrales, subiendo y bajando por las dunas. Hasta que llegó a lo alto de la última no lo vio con sus propios ojos. Se acercó más, dejando una línea solitaria de pisadas en la arena compactada por la lluvia.

Los pies asomaban por debajo del grueso plástico negro en el que aparentemente habían envuelto el cadáver. El resto continuaba enterrado en la arena.

—Mierda.

Bannister sacó el teléfono, que estaba todavía conectado al radiocontrol. Se dio cuenta de que el Phantom continuaba suspendido un metro por encima del suelo, grabándolo todo en vídeo. Aterrizó el cuadrirrotor y lo desconectó. Entonces hizo la llamada.

A las 13.14 h, en el Ocean Basket de Kloof Street, sonó el teléfono del capitán de la policía Benny Griessel, que miró la pantalla y vio que lo llamaba la comandante Mbali Kaleni: su nueva jefa en la Unidad de Delitos Graves y Violentos de la Dirección de Investigaciones Criminales Prioritarias (DICP, más conocida como los Halcones). Una posible escapatoria. Respondió con rapidez, ligeramente esperanzado.

—Benny, siento interrumpirte la comida...

—No importa —dijo.

—Te necesito en Edgemead. Farmersfield Road. Vaughn también va en camino.

—Llegaré en veinte minutos.

—Por favor, discúlpame con tu familia.

Kaleni sabía de la «ocasión especial» que Alexa Bernard, la novia de Benny, había preparado.

—Lo haré.

Colgó. Alexa, Carla y el joven Van Eck habían oído la conversación. Estaban mirándolo. Su hijo, Fritz, aún tenía la nariz enterrada en el teléfono móvil.

—*Ai, pappa* —dijo Carla, su hija, con una mezcla de comprensión y decepción en la voz.

Alexa le tomó la mano y se la apretó para mostrarle su apoyo.

—Lo siento —dijo Benny, y se levantó. Notó la punzada en el costado y en el brazo, aunque no le dolía tanto como por la mañana—. Tengo que ir a Edgemead.

—¿Una masacre? —preguntó Van Eck, el nuevo «amigo» de Carla, un doble de Jesucristo con el pelo largo hasta los hombros y barba rala.

Griessel no le hizo caso. Sacó la cartera y a continuación su tarjeta de crédito. Se la pasó a Alexa. Se sintió aliviado cuando ella asintió y la cogió.

—Anda, dame un beso, mi gran detective.

En el *veld* al este de Otto du Plessis Drive desenterraron meticulosamente los restos de Ernst Richter, mientras el viento subrayaba el drama soplando unas cuantas ráfagas fuertes durante unos minutos antes de aplacarse otra vez. El sol emergió de repente entre las nubes con un brillo cegador, ardiente, reflejándose en las dunas onduladas y en el todavía turbulento océano Atlántico.

La unidad de vídeo del Servicio de Policía de Sudáfrica (SPS) llevaba a cabo sus grabaciones y el equipo forense se ocupaba de recoger arena con cuidado alrededor del cadáver y ponerla en bolsitas de plástico bien etiquetadas.

Al mando estaba el agente Jamie Keyter, de Table View. Había ordenado acordonar la zona en un radio de diez metros alrededor del cadáver y había solicitado a dos agentes de uniforme que controlaran el tráfico en Otto du Plessis Drive y mantuvieran alejados a los curiosos. Después, con el tono receloso y vagamente acusador que reservaba para ocasiones como ésa, había interrogado a fondo a Craig Bannister.

—¿Por qué ha venido a probar su avioncito aquí?

—No hay ninguna ley que lo prohíba.

—Ya lo sé. Pero ¿por qué no fue a Vlei Road, donde hacen volar los aviones teledirigidos?

—Eso es para los aficionados.

—¿Y?

—Mire, acabo de comprarlo. Soy un profesional. Es un...

—¿Qué clase de profesional?

—Director de fotografía. Trabajo en producciones de televisión y cine. Esto es lo último en cámaras aéreas, es un

dron con una cámara de alta definición. Necesito practicar sin tener que andar esquivando un centenar de avioncitos.

—¿Tiene licencia?

—¿Licencia? No hace falta licencia para un dron pequeño.

—¿Así que simplemente paró aquí?

—Eso es.

—Menuda coincidencia —dijo Jamie Keyter en su mejor exhibición de ironía.

—¿Qué está insinuando?

—No estoy insinuando nada. Estoy preguntando.

—Mire, he conducido hasta encontrar un lugar con buenas vistas —explicó Bannister con una paciencia extrema—. La carretera, el mar, la montaña; eche un vistazo. Es espectacular. Necesito practicar para hacer volar este chisme, pero también quería probar la cámara con algo que mereciera la pena. Como este paisaje.

Jamie Keyter se levantó las gafas de sol Ferrari de la nariz para dirigirle a Bannister su mirada de lince.

El otro se quedó quieto, esperando con incomodidad.

—¿Así que lo tiene todo grabado? —preguntó Keyter por fin.

—Sí.

—Muéstremelo.

Miraron el vídeo juntos en el teléfono móvil. Dos veces.

—Muy bien —dijo Keyter, y pidió a Bannister que lo esperase en su coche.

El agente volvió a colocarse las gafas Ferrari sobre la nariz. Llevaba un polo de golf negro que mostraba sus bíceps abultados y unos chinos Edgars con un cinturón de cuero negro. Puso los brazos en jarras y miró los dos pies que somaban por debajo del plástico negro.

Estaba satisfecho consigo mismo. Los pies, a pesar de la decoloración *post mortem*, eran claramente los de un hombre blanco. Eso significaba atención de los medios.

A Jamie Keyter le encantaba la atención de los medios.

Benny Griessel, cuarenta y seis años, alcohólico en rehabilitación, con seiscientos dos días de sobriedad a sus espaldas, estaba mirando por el parabrisas de su coche, atascado en el tráfico de Buitengracht.

Por lo general, odiaba diciembre.

Por lo general, maldecía entre dientes aquel manicomio de veraneantes con un «*Jissis*». Sobre todo, a los *fokken* engreídos de Gauteng, que llegaban escopeteados a Ciudad del Cabo en sus nuevos y relucientes BMW, con sus carteras abultadas, listos para pulirse todos los bonos que habían cobrado para Navidad con aquella actitud de «vamos a reventar el Cabo»; y también a toda la población de los barrios residenciales del norte de la ciudad, que abandonaban sus inhibiciones habituales y salían en manada a las playas, junto con las hordas de europeos que huían del frío invierno.

Por lo general, meditaba con resentimiento sobre las consecuencias de aquella invasión. No había aparcamiento, el tráfico era un suplicio, los precios se doblaban y las estadísticas de delitos aumentaban al menos un doce por ciento, porque todos bebían como cosacos y eso desataba los peores demonios.

Eso, por lo general. Pero ese año no: notaba la opresión encima, y a su alrededor, como una nube de desconuelo. Otra vez. Todavía.

El alivio momentáneo que había sentido al huir del restaurante acababa de esfumarse. Camino del coche había captado la melancolía en la voz de Mbali: el desaliento silencioso, acentuado por su intento de camuflarlo. Un acusado contraste con el espíritu positivo que había tratado de irradiar durante los últimos dos meses al mando del grupo.

«Te necesito en Edgemead. Farmersfield Road. Vaughn también va en camino.»

Algo malo se estaba cocinando. Y él ya no tenía fuerzas para afrontar el desastre.

Así pues, ese día la locura de diciembre y la lentitud del tráfico eran más una bendición que una espina.

El equipo forense había dejado al descubierto el cadáver de Ernst Richter.

El agente Jamie Keyter pidió a la unidad de vídeo que se acercara para poder grabarlo: la gruesa bolsa de plástico que envolvía el cadáver (aunque no era lo bastante grande como para cubrir los pies) y el cordel de color rojo sangre con que lo habían atado tan a conciencia cerca de la cabeza, en torno a la cintura y alrededor de los tobillos.

Keyter había visto al fotógrafo del periódico tratando de sacar fotos con un teleobjetivo desde Otto du Plessis Drive. Por eso estaba con las piernas separadas y los brazos en jarras: la imagen de un policía que controla el escenario del crimen. No les quitó ojo a los agentes que filmaban hasta que se convenció de que la grabación cubría todos los ángulos posibles.

—Muy bien —dijo—. Ya está.

Luego se dirigió a los analistas forenses y les hizo una señal con la mano.

—Córtenla.

Los dos analistas eligieron las herramientas adecuadas de su equipo, levantaron la cinta policial que delimitaba el escenario del crimen y se arrodillaron junto a la víctima. Uno cortó cuidadosamente la cuerda. El otro la recogió y la guardó en una bolsa de pruebas.

Jamie Keyter pasó también por debajo de la cinta y se acercó a la víctima.

—Vamos a retirar el plástico.

Tardaron casi diez minutos, porque tenían que trabajar con cautela y la lámina de plástico parecía intermina-

ble. Los forenses la doblaban cada dos metros para limitar la contaminación.

Los agentes de uniforme, la unidad de vídeo, los dos agentes de la policía, los camilleros de la ambulancia, todos se acercaron con curiosidad.

Al fin, el cadáver quedó al descubierto.

—No lleva aquí mucho tiempo —dijo uno de los forenses.

Había relativamente pocos signos de descomposición, sólo un oscurecimiento general de la piel y la red entre azul y amoratada de la lividez *post mortem*, visible en los pies y la parte inferior del cuello; los granos de arena se pegaban al cuerpo de los pies a la cabeza.

La víctima era un hombre delgado, de estatura media y cabello espeso castaño oscuro, vestido con camiseta negra (con la frase «Me niego a participar en una batalla de ingenio con una persona desarmada» en letras grandes y blancas) y tejanos.

—Una semana más o menos —dijo el otro forense, y pensó que aquel rostro le resultaba vagamente familiar, pero en ese momento no pudo situarlo. Contuvo el impulso de decir algo.

Fue lo más cerca que estuvo alguien de identificar a Ernst Richter en el escenario del crimen.

—Lo han estrangulado —dijo el otro analista forense, señalando la profunda decoloración que rodeaba la garganta.

—Es evidente —contestó Jamie Keyter.

Farmersfield Street transmitía una sensación de tranquilidad de clase media en esa tarde de miércoles: filas de casas de color blanco y crema, de tres habitaciones, tejas y césped bien cortado. La tormenta matinal había dejado un rastro de ramas y hojas en la calle.

Griessel no tuvo que buscar la dirección. Vio a los vecinos de pie al otro lado de la calle, en abatidos corrillos, y varios coches de policía aparcados juntos. Se detuvo a unos pocos metros de distancia. Permaneció sentado, con las manos en el volante y la mirada baja. No tenía ganas de salir.

Algo había alterado la normalidad del barrio residencial de Edgemean; algo que sabía que incrementaría la opresión que había sentido durante esos últimos meses. También había una furgoneta de la unidad de élite del CSI provincial (PCSI). ¿Qué estaban haciendo allí? ¿Y por qué los habían llamado a Vaughn y a él si eran de los Halcones?

Respiró profundamente y, muy despacio, soltó el volante. Bajó del coche a regañadientes y se encaminó hacia la casa.

Un muro blanco le bloqueaba la visión, de manera que primero tuvo que rodearlo hasta el sendero de entrada, donde un policía controlaba el acceso.

La casa se parecía a casi todas las demás casas de la calle. Más policías de uniforme del SPS formaban un círculo junto a la puerta, con las cabezas bajas.

Un agente lo detuvo con la palma en alto. Griessel mostró su identificación.

El agente lo miró sorprendido.

—Oh, capitán Griessel. El capitán Cupido ha pedido que espere aquí. Lo llamaré enseguida...

—¿Para qué? —preguntó Benny, y esquivó al hombre.

—No, capitán, por favor —dijo, inquieto—. Ésas fueron sus órdenes. Iré a llamarlo.

—Vaya, pues —contestó, enfadado; no estaba de humor para los trucos de Vaughn.

El policía gritó a los uniformados de la puerta que llamaran al «capitán de los Halcones». Uno de ellos se apresuró a entrar.

Griessel esperó con impaciencia.

Cupido salió con su uniforme de agente rebelde: tejanos, camiseta amarilla, chaqueta azul y la declaración estridente de sus deportivas amarillas y naranja, que había elogiado con tanto entusiasmo el día anterior:

—Nike Air Pegasus Plus, *pappie* —le había dicho—. Cuestan casi mil rands, pero Tekkie Town las tenía de rebajas. Comodidad en tecnicolor; es como caminar en el aire en un sueño erótico. Te mueves sin esfuerzo. Pero el auténtico plus es que estas zapatillas van a cabrear mucho a la comandante Mbali.

Vaughn llevaba dos semanas protestando contra las estrictas normas de indumentaria que había impuesto la comandante Mbali (recalcando con sarcasmo el «comandante» cada vez). El lunes anterior, durante una reunión de grupo, Kaleni había dicho con solemnidad: «Si quieres ser profesional, debes parecer profesional. Tenemos una responsabilidad con la ciudadanía.» Y luego les había pedido que llevaran traje y corbata y «zapatos formales», o al menos camisa y chaqueta. Para Cupido, al

que ya le estaba costando aceptar el nombramiento de Kaleni como jefa del grupo, ésa fue la gota que colmó el vaso:

—¿A ti te parece una coincidencia que la hayan nombrado justo después de las elecciones? Yo no. Es zulú, eso es discriminación étnica positiva; es la hora del presidente Zuma, todas las horas lo son, Benna. Tú y yo tenemos más experiencia, más años de servicio, más tablas, ¿y ella consigue el ascenso?

Griessel sabía que el verdadero problema era que a Cupido le preocupaba que la nueva jefa no soportara sus tonterías. Mbali era meticulosa y prudente. Vaughn no. Así que Griessel dijo que, dadas las circunstancias, ella era la persona adecuada para el puesto.

Su opinión no había cambiado nada.

A pesar de su prisa y la indumentaria colorida, Cupido se acercó con expresión sombría.

—Benna, no hace falta que entres. Nuestro trabajo aquí ya ha acabado.

Griessel percibió el tono en la voz de su colega, la falsa nota de formalidad que escondía su consternación.

—No he venido hasta aquí para... ¿Qué pasa, Vaughn? ¿Qué ha ocurrido?

—Confía en mí, Benna, por favor. El caso está cerrado. Vamos.

Cupido puso una mano protectora en el hombro de Griessel. Benny empezó a cabrearse. ¿Qué le pasaba a Cupido? Se sacudió la mano del hombro.

—¿Vas a decirme qué está pasando, o tengo que ir a verlo yo mismo?

—Benna, por una vez en tu vida, confía en mí —contestó su compañero con una desesperación que inflamó aún más las sospechas de Benna.

—*Jissis!* —exclamó Griessel, y echó a andar hacia la puerta de la casa.

—Es Vollie —dijo Cupido.

Griessel se quedó de piedra.

—¿Vollie?

—*Ja*. Nuestro Vollie. Vollie *el Pescador*. Y su familia.

El agente Tertius Van Vollenhoven había trabajado con ellos cuando todavía existía la División Provincial de Investigadores. Vollie, que soltaba sus refranes de la costa oeste con acento de Namaqualand cuando la noche era demasiado larga y tenía la moral demasiado baja. Vollie *el Pescador*, natural de Lamberts Bay, que volvía a casa los fines de semana y los lunes traía marisco para todo el equipo, con instrucciones precisas para cocinarlo, porque «cocinar mal una langosta, eso es un sacrilegio, amigo mío».

El hombre había pillado a dos asesinos en serie en Cape Flats en cuatro años, gracias a una paciencia y una dedicación infinitas. Y luego se había marchado a la comisaría de Bothasig. Decía que ya había cumplido, que prefería una vida más tranquila; quería salvar su matrimonio, ver crecer a sus hijas. Pero todos sabían que era por el trauma de las investigaciones, encontrarse mes tras mes con el cuerpo mutilado de una nueva víctima, sabiendo que hiciera lo que hiciese sólo un golpe de suerte pararía a los monstruos.

La antigua sensación de injusticia se despertó en Griessel, el rencor hacia los responsables.

—¿Un robo?

—No, Benna...

—¿Qué ha pasado, Vaughn?

La voz de Cupido era apenas un susurro. No podía mirar a Griessel a los ojos.

—Vollie les disparó, anoche, y luego se suicidó.

—¿Vollie?

—Sí, Benna.

Griessel recordó a las dos niñas, preciosas, apenas adolescentes, y a la mujer de su antiguo compañero, rolliza, fuerte, comprensiva. Mercia o Tersia... No quería visualizar esa imagen, sino simplemente rechazarla: Vollie con la pistola de servicio en la cabecera de la cama infantil.

—Joder, Vaughn —dijo, y sintió otra vez la opresión de la claustrofobia sofocándolo.

—Ya lo sé.

Griessel quería seguir hablando; quería librarse de aquella opresión.

—Pero ¿por qué? ¿Qué pasó?

Cupido señaló a los agentes de uniforme de la puerta.

—La comisaría de Bothasig encontró ayer a una chica en el *veld*, al otro lado de Richwood. El segundo caso, el mismo *modus operandi* que hace un mes. Es un asesino en serie. Mal asunto, Benna, un cabrón muy jodido. Vollie estuvo allí.

Con una mano en la nuca, Griessel encajó todas las piezas. Trató de comprender lo ocurrido: todos los demonios regresando para devorar a Vollie desde dentro.

—Venga, Benna. Vamos.

Griessel siguió allí, paralizado. Cupido vio que su colega palidecía.

—Benna, será mejor que...

—Espera... —Miró bruscamente a Cupido—. ¿Por qué nos ha mandado aquí Mbali?

—El comisario de Bothasig le ha pedido que lo supervisáramos. Ha dicho que quería asegurarse de que a ellos no se les pasaba nada, porque los medios...

—Ya. —Y entonces dijo—: ¿Por qué quieres mantenerme alejado de esto, Vaughn?

Cupido lo miró a los ojos y se dio un golpecito con el dedo índice en la sien.

—Porque todavía no estás bien, Benna. Lo sé.

Jamie Keyter y los dos analistas forenses habían revisado todos los bolsillos de los pantalones de la víctima. No habían encontrado nada.

Keyter había ordenado introducir el cuerpo en la gran bolsa negra para cadáveres. Habían subido la cremallera

y pedido la camilla para meterlo en la ambulancia. Los del equipo forense lo habían recogido todo y habían etiquetado cuidadosamente la lámina de plástico negra y la cuerda roja. Uno de ellos cogió el detector de metales y empezó a caminar en círculos concéntricos por el escenario del crimen con los auriculares puestos.

El otro se quedó con Jamie Keyter. No había nadie cerca que pudiera oírlos.

—Me resulta familiar —dijo el forense.

—Claro. Trabaja contigo —dijo Keyter, frunciendo el ceño detrás de sus gafas oscuras.

—Él no, la víctima.

—¿Lo conoces?

—No, no lo conozco. Sólo sé que...

—¿Es famoso?

—Sólo sé que lo he visto antes.

—No me sirve una mierda si no sabes dónde... ¿Crees que es policía?

El hombre lamentó haber abierto la boca.

—No, eh... Puede que me equivoque. Quizá se parece a alguien que...

El analista que manejaba el detector de metales se detuvo.

—Aquí hay algo —dijo.

Estaba a tres metros de donde habían encontrado a la víctima.

El otro cogió una pala pequeña y pasó por debajo de la cinta amarilla. Desmenuzó la arena de debajo del sensor con las manos y luego la retiró cuidadosamente con la pala. Al principio no encontró nada.

—¿Estás seguro? —le preguntó a su colega.

—Sí, aquí hay algo.

Cuarenta centímetros por debajo de la superficie, notó el metal. Retiró la arena con los dedos y allí estaba.

—*Jis*, es un móvil.

Se levantó, cogió un cepillo de su caja de herramientas y se agachó otra vez para apartar la arena.

Entretanto, Jamie Keyter llamó a la unidad de vídeo.

—Un iPhone cinco —dijo el analista forense mientras pulsaba un botón del teléfono, pero no ocurrió nada—. Parece que está más seco que un *drol*.

Eran las 15.07 h del miércoles 17 de diciembre.